

TRÍPTICO

Juan Carlos Silva

Profesor Escuela de Filosofía y Humanidades UPTC

Pavor

Oigo el quebrarse de las ventanas, veo el avión penetrando violentamente en el edificio de Manhattan en el que estoy, el famosísimo World Trade Center, no sé por qué pasa esto, ¡qué horror! Quizás sea una pesadilla de la cual pronto voy a despertar en una cama y acompañado por una mujer y mi hijo recién nacido. Esto no puede ser, no puede ser. La percepción me engaña o el avión explotó en llamas y todas las personas a mí alrededor comienzan a desfigurarse pavorosamente, infernal, monstruosamente. Ya no hay nada más que hacer. Creo que estoy despertándome. Es la mañana.

Enciendo la radio...

Horror

Voy volando en un avión. Lo he secuestrado. Apunto hacia un blanco muy alto. Sé que no voy a fallar. Durante los últimos dos años no hago más que ensayarlo de todas las maneras: hago esquemas mentales, los trazo en pizarras y en papelitos, los programo en mi ordenador personal. No pienso en otra cosa. Todo el tiempo. Como y duermo y pienso. No más. Sé?? que no puedo fallar. Por mi honor. Por mi orgullo. Por el de mi familia ultrajada y masacrada. Por mi pueblo. Ya veo el edificio. Es el más alto de la ciudad. El más visible y brillante. Imposible no acertarle. En eso he centrado mi vida y mi valor. No puedo errar; no debo desfallecer. Al igual que ellos, no tendré compasión ni en el último instante -la he abolido, extirpado de mi espíritu... Oigo el estrépito

pavoroso de los vidrios quebrándose, todo desdibujándose en una explosión azul y amarilla, roja al final. He cumplido. Me despierto.

Prendo la radio.

Fanatismo

Al diablo con el capitalismo. Al diablo con los interminables pasillos de supermercados como ciudades, alineados como cajas de colores, bolsas de colores, frascos de colores, rebajas, promociones, todo lo que *usted* necesita para ser feliz. Al diablo con las ciudades como supermercados, donde todo se vende. Al diablo con los ciudadanos de esas ciudades, tan descaradamente vendidos al sistema, y al diablo con el imperialismo y su forma más “elevada”: los EEUU. Le infligiré un duro golpe. Le inferiré la más honda herida jamás imaginada. Una herida de la que no se recupere nunca, nunca, nunca. No le perdono que haya transformado la vida tradicional de mi pueblo -llena de naturaleza, honor, disciplina, sacrificio puro, heroísmo, fuerza guerrera- en mera comodidad, en mero sistema de mercado, en puros valores y precios, en solas mercaderías que se intercambian unas por otras en el concierto internacional, global, mundial. ¡Qué orden de cosas! ¡Qué vaciedad! ¡Qué falta de amor verdadero! ¡Qué falta de fundamento último en la vida! Destruiré Manhattan. Atacaré Washington. Sé que la mente es capaz de disponer de todas las cosas del universo. Basta con desear, con fuerza. Me despierto tranquilo. Pongo la radio.

